

tiempos esperpénticos que le tocaron en (mala) suerte. Hoy, la ligereza de lo infundado es la fiesta mediática posmoderna. La tragedia heideggeriana en clave de farsa. La hechicería en traducción de birlibirloque. La única persistencia es el límite del paisaje suyo y nuestro, el horizonte de la muerte.

**Blas Matamoro**

## Panoramas críticos

La radiografía de nuestro presente literario constituye una de esas tareas tan ineludibles como heroicas. Sin duda, cualquier lector bienintencionado debiera agradecer sinceramente el esfuerzo ingente que supone la construcción de una sencilla aguja de marear que le permita la navegación entre las miles de páginas de creación impresas durante el último cuarto de siglo. La cita con que se abre el prólogo al primer suplemento del volumen 9 de *Historia y crítica de la literatura española*, dedicado a *Los nuevos nombres: 1975-2000* (Barcelona: Crítica, 2000), ya nos orienta ciertamente a propósito de esta premisa

—«Es mejor decir algo y no estar seguro que no decir nada en absoluto»—, mezcla de sendos tópicos de centenaria tradición, entre la humildad y el orgullo de quien se sabe tan dubitativo como presionado por la instantaneidad. Jordi Gracia, editor de este volumen imprescindible por más de un motivo, reconoce y expone esta seductora encrucijada en que nos emplaza con maestría, pues la «incertidumbre» de la que habla en sus primeras líneas deja paso a uno de los enjuiciamientos más cabales de cuantos conocemos a propósito de asunto tan esquivo. Gracia ha adoptado un tono ensayístico alejado del academicismo de esta modalidad bibliográfica, que desea «restarle algo de su invencible petulancia». No creo que sea ésta su mejor defensa.

Jordi Gracia es expresivo, directo y personal en sus juicios. Y el lector debe tener en cuenta estas tres cualidades para apreciar muchos de los matices y de las valoraciones que saldrán a su encuentro. También, por supuesto, la limitación generacional-cronológica de los autores incluidos en un volumen que se entiende plenamente sólo desde la atalaya de la colección. Aquí nos enfrentaremos con aquellos escritores cuya trayectoria «se comprende mejor ligada a las luces de la democracia que a las sombras de la España de Franco» (p. 5). El volumen está dividido en cuatro secciones: «La vida cultural» (pp. 11-96), «La

poesía» (pp. 97-207), «Prosa narrativa» (pp. 208-520) y «Teatro» (pp. 521-582). A mi gusto, tal compartimentación resulta en exceso monolítica, sobre todo a la luz del discurso historiográfico subyacente, reflejo a su vez de la ductilidad con que muchos de los autores analizados han sabido apropiarse de una retórica menos tradicionalista y más omnicomprendiva. Así, la «prosa narrativa» merecería un equilibrado contrapeso que nos permitiera ahondar en aquellas manifestaciones literarias que ni narran ni fueron escritas en verso.

No carece de relevancia que el capítulo primero atienda resolutivamente aquellos temas culturales pendientes en la transición social y política desde el franquismo, como tampoco lo es que acierte al señalar «la complacencia vagamente narcisista con que los españoles han examinado las rutas de su pasado reciente» y «la mezcla de admiración y sorpresa que el desarrollo de la cultura española posfranquista ha suscitado en el hispanismo internacional», si bien en relación con esta segunda valoración quepan unos cuantos considerandos omitidos que bien merecerían reflexiones en un volumen sociológico –o geoes-tratégico– independiente.

En los capítulos consagrados a la poesía y al teatro, Jordi Gracia nos deleita con dos aproximaciones que combinan perspicacia y prevención: los «malos tiempos para la lírica»

son también –¿o tal vez por idéntica ecuación?– los tiempos de una «microindustria» y de los «premios de ringorrango» (p. 97) que coexisten con una vitalidad que exige múltiples lecturas, como las apuntadas, en las que los poetas/editores desempeñan un puesto mucho más destacado. La endogamia corpuscular queda tan espléndidamente expuesta que uno se pregunta si las dinámicas actuales casan mejor con el bandolerismo institucional o con el aislacionismo de antaño. El teatro sufre un recorte sustancial que, de acuerdo con Gracia, obedece a su emplazamiento «en una tierra de nadie que la propia profesión vive con desasosiego y una nunca del todo arrumbada conciencia crónica» (p. 521). Quizás sea en esta sección donde quede más patente la inteligente necesidad de establecer un diálogo con la dramaturgia escrita y representada en catalán, así como las carencias críticas que propician el menor espacio que se dedica a este ámbito de la práctica literaria.

A nivel cuantitativo, salta a la vista que la «prosa narrativa» es la sección más floreciente en las letras españolas del último cuarto de siglo, la que «ha mostrado, voluntaria e involuntariamente, la maduración democrática de una sociedad moderna» (p. 208). Este capítulo, sin detrimento del resto, constituye la aportación más original y enjundiosa del libro, pues intenta acotar

creativamente las diversas modalidades de la nueva «ficción» española. Jordi Gracia caracteriza esta novela por cierta ideología que se quiere desideologizada, por un protagonismo de la primera persona del singular, sin un afán colectivo «redentorista». Sus puyas no resultan especialmente bondadosas. Probablemente no le falte razón en algunos puntos que comenta, pero convendría que las filtrara a través del mismo cedazo que expone en su prólogo.

A pesar de las limitaciones impuestas, Gracia interrelaciona con sabiduría las publicaciones de las tres generaciones de novelistas que coinciden durante las últimas décadas, así como los diversos discursos críticos que han generado. Resultan impagables los atajos que pueblan estas páginas, las felices genealogías apuntadas, la voluntad omnicomprendiva –y, en ocasiones, caníbal– de atender un caudal espectacular de aproximaciones que emplaza de manera tan sucinta. Poco escapa a su mirada, de modo que parece bastante difícil estar en desacuerdo con el canon indirecto que se propone: Álvaro Pombo, Eduardo Mendoza, Juan José Millás, Javier Marías y Antonio Muñoz Molina son los cinco autores que merecen apartados individuales, junto a Miguel Espinosa.

Meses después de la aparición de este suplemento, Jordi Gracia ha publicado un panorama de la cultu-

ra de este mismo periodo titulado *Hijos de la razón. Contraluces de la libertad en las letras españolas de la democracia* (Barcelona: Edhasa, 2001). Se trata de un ensayo donde logra un discurso tan expresivo, directo y personal como en el anterior y en donde, liberado del patrón editorial o de los imperativos bibliográficos, analiza con mayor soltura aquellos temas y autores que –ahora sí– más le interesan y que, a su juicio, mejor explican el norte plural de nuestra literatura reciente. A la luz del prólogo con que se abre, no parece descabellado afirmar que ambos volúmenes son complementarios, pues uno y otro parecen haber sido gestados para cristalizar una nueva interpretación que desmienta ciertas jerarquizaciones del mismísimo presente.

La tesis explícita de este ensayo coincide con la desarrollada en el suplemento y concreta desde el inicio un diagnóstico: «Hoy España es quizás una democracia convaleciente pero sólo porque es también una democracia convencional» (p. 11). Jordi Gracia reemprende un recorrido que le conduce por «El pasado oculto» (pp. 27-49) y «La experiencia de los poetas» (pp. 51-79), pasando por la «Invención y fuga del ensayo» (pp. 81-102) y la «Indigencia de la crítica (a mano alzada)» (pp. 103-131), de manera que tras una parada en «Consuelos privados: dietarios e ideas» (pp. 133-173), alcanza su meta en «La fragua